

Freud pensador¹

Oswaldo MARKET
(Universidad Complutense)

A la memoria de Francisco Manuel Alvim, el amigo entrañable, que un día desafió al filósofo a empeñarse en la experiencia analítica.

“De mi edad temprana no me es conocido nada acerca de una necesidad de ayudar a enfermos; mi disposición sádica no era muy grande y por eso no necesitaba desenvolver este derivado de ella. Tampoco he jugado nunca al “médico”; evidentemente mi curiosidad infantil siguió otros caminos. En mi juventud se impuso la necesidad de comprender algo de los enigmas de este mundo y quizás hasta de contribuir con algo a su solución.” Sigmund Freud, “Nachwort zur *Frage der Laienanalyse*”. 1927)².

¹ El presente artículo recoge, con ligeras modificaciones, la conferencia inaugural del *Encuentro Psicoanálisis y Filosofía* (Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid), pronunciada el 26 de octubre de 1993. Agradezco al coordinador del *Encuentro*, Eugenio Fernández, la autorización concedida para su publicación en esta revista.

² “Nachwort zur *Frage der Laienanalyse*” (“Epílogo al *Problema del Análisis por Profanos*”, 1927. Citaremos las obras de Sigmund Freud por las siguientes siglas, que remiten a las ediciones que a continuación se reseñan:

G.W. = *Gesammelte Werke*, Vols. 1-17: London, Imago Publishing, 1940-52 (desde 1960: Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, hasta 1987). Por editores muy autorizados (entre ellos, Anna Freud y Marie Bonaparte).

S.E. = *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 24

I. Introducción: Freud y la seducción del enigma

§ 1. “La necesidad de comprender algo de los enigmas de este mundo” no la experimentó sólo en su juventud. Toda su obra es un testimonio constante de esa radical vocación que apuntaba al misterio y a problemas de nuestro mundo. Ciertamente, que se fue centrando en un área especial, pero de suyo ilimitada: la de la mente. Una declaración de la índole de la que preside estas líneas parecería anunciar una decidida carrera filosófica. Y sin embargo, como es bien sabido, Freud rehuyó ser considerado filósofo.

Para dedicarse a la Filosofía le faltó el estímulo y el superar su temprana idea, de que ésta caía en vanas especulaciones. Y no llegó a tiempo en sus años juveniles, para tomar conciencia de que el llamado “Siglo de la Historia” en que le tocó vivir, pronto iba a profundizar en temas como el de la “comprensión”, la “vivencia”, y a proponerse clara y definidamente el problema de “qué es el hombre”, en el que Kant resumía toda la tarea filosófica.

No olvidemos que eligió estudiar Medicina —como él mismo reconocería— “equivocadamente”—, porque creyó que a través de ella se le abrirían los caminos al que invitaba aquel escrito, *Die Natur (La Naturaleza)*, que él como otros creía que había compuesto Goethe³.

vols. London, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-analyse, 1953/74. Igualmente por editores muy autorizados (entre ellos Anna Freud y James Strachey). Esta edición está muy extendida entre quienes no tienen acceso al alemán. Pero no debe olvidarse que Freud escribió en esa lengua.

S.A. = *Studien Ausgabe*, 10 vols. y 1 complementario (*Ergänzungsband*): Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1969/75. Fundamentalmente, por los mismos editores que la anterior, más Alexander Mitscherlich. Excelente edición, a la que faltan, desgraciadamente, escritos no centrales, pero de interés.

A.E. = [Ammorortu Editores]: *Sigmund Freud. Obras Completas*. 25 vols. (Con el fuera de serie, *Sobre la Versión castellana*, y el XXIV, *Indices y Bibliografía*). Buenos Aires, Amorrortu Editores, Copyright 1976; 1ª. ed. 1988², 1986; primera reimpresión, 1988; segunda reimpresión, 1991. Trad. del alemán por José Etcheverry. Trad. de los comentarios y notas de James Strachey, Leandro Wolfson. *Es, indiscutiblemente, la mejor edición castellana de las Obras de Freud*.

Quando no hay referencia a una de estas ediciones es que falta el texto citado en ella.

El texto arriba citado en: *G.W.*, XIV 291; *S.E.*, XX 254; *S.A.*, *Ergänzungsband*, 345; *A.E.*, XX 238.

³ Aparecido en el *Tiefurter Journal* (a fines de 1782 o comienzos de 1783). Según los especialistas es de Georg Christoph Tobler. Así lo confirmó Goethe a Knebel en carta de 3.03.1783. El breve fragmento de tres páginas es encomiástico de la naturaleza y de tintes panteístas. *Goethes Werke*, Hamburg, Chr. Wegner, 1955, ²1962. (Es la llamada *Hamburger Ayusgabe*). Vol. XIII, págs. 45/47. Noticia de Goethe (1828), págs. 48/49. Coment. de la ed. págs. 571/72.

Pero había algo nuevo, que fue registrado y sentido por él: el espíritu científico; la tarea modesta, pero firme; la entrega honesta y desinteresada a la investigación. Los hombres de los años 70 iban a ser los protagonistas de una nueva ética, de una moral sólida e inconformista. No apreciaban el ensayo, tan de moda en nuestro tiempo, ese coqueteo superficial con las ideas. Eran hombres serios, sin grandes dotes de humor, dispuestos a no hacer concesiones. Por eso dejaban la política a los políticos; las cuestiones sobre Dios y la inmortalidad, a los teólogos y creyentes; las fantasías, a los poetas. Nombres como el de Marx no llegaban a sus oídos. Su ideal era sereno y apasionado a la vez, decidido y concreto.

Los contactos de Freud con la Filosofía, ya en la Universidad, no variaron su rumbo. Allí conoció y le interesó el convincente Brentano, aristotélico y psicólogo, con quien mantuvo alguna relación personal. Y le atrajeron particularmente los escritos del incisivo Feuerbach. De sus escasas lecturas filosóficas durante el período universitario retuvo, sobre todo, concepciones psicológicas y antropológicas. Herbart, contemporáneo del Idealismo, pero ya con mentalidad de sistematizador decadente, dejó en él una huella perdurable. No conoció, o como él mismo dijo, conoció muy tarde, a Schopenhauer⁴.

§ 2. Y los avatares de sus estudios, pero también su vocación inicial, le llevaron a enfrentarse con una serie de enigmas. De entre ellos quedó prendido, daría la impresión que casualmente, por el fenómeno de la histeria. Meynert, su famoso maestro, Charcot y un caso especialmente curioso ("Anna O", que en alemán equivale a "Ana X"), le pusieron ante una dimensión, al principio muy particular y parcial, luego inmensa y sin límites: la de *los enigmas de la mente humana*.

Freud nació ya con la idea innata, si se permite la expresión, del fenómeno psicossomático. Sin ese presupuesto, no habría iniciado el camino que le conduciría, primero a tratar casos de "nerviosos", y al final a erigir toda una nueva concepción del ser humano. ¿Es de extrañar que le consideremos filósofo "malgré lui"?

§ 3. *Freud y la Filosofía*. Cuando en la tradición occidental más sistematizada, la de la Escolástica, se hablaba del objeto de un estudio o de una ciencia, en el término "objeto" se incluía *la actitud mental* ante una parcela de la

⁴ Vide infra nota 23.

realidad o ante toda ella. Dicho de otra manera, y refiriéndonos a la Filosofía, nunca se consideró que hubiera “temas” que fueran de suyo filosóficos, sino modos filosóficos de enfrentarse a algo. Y cuando más tarde Kant en su *Logik. Ein Handbuch zu Vorlesungen (Lógica. Un manual para las Lecciones)*, editada por Jäsche en 1800, afirmó que todos los problemas filosóficos se reducían a averiguar “qué es el hombre”, con seguridad que no pensaba que cualquier “solución” a la cuestión antropológica se incluyera en la Filosofía. Es que su modo de preguntar era ya filosófico.

Pero evidentemente hay áreas más privilegiadas que otras para provocar ese tipo de meditación, y aquella con la que Freud se enfrentó pertenece a ese grupo, aunque no por ello cambiara su orientación ya iniciada. Cuando Freud supo del “caso” que había ocupado a su amigo Breuer y poco a poco se sintió seducido por él (el de “Anna O.” ya citado), le atrajo el misterio del funcionamiento de la mente, su relación con la conducta, sus manifestaciones somáticas, y se le abrió como por ensalmo el inmenso universo del vivir humano. Poco a poco, y sin abandonar su dedicación al tratamiento de casos de histeria, se vio invitado a la construcción de una concepción que excedía de tal modo la Psicología, que le llamó metapsicológica. Con ello inició su particular respuesta a la pregunta kantiana de “qué es el hombre” que, paulatinamente, revolucionó, aunque se suela ser tan parco en reconocerlo, la Antropología en general y la filosófica en particular. Aún cuando el mismo Freud negara que hacía Filosofía.

Ludwig Marcuse no se arredra por ello y en su obra sobre el fundador del Psicoanálisis afirma: “Freud era un filósofo con los antiguos impulsos de los filósofos... y la nueva mala conciencia.”⁵ “Era un filósofo, pero sin la confianza de los grandes filósofos...; o, como tal vez diría él: sólo con una confianza “moderada”. Era el filósofo más callado, menos patético, menos retórico que puede imaginarse.” Hasta llega a decir: “Freud era un metafísico nacido con retraso, un metafísico ya imposible”⁶.

§ 4. *Freud, ¿pensador o filósofo?* La clave para el enjuiciamiento de la contribución de Freud se encuentra en la distinción entre obra de pensamiento y doctrina estrictamente filosófica. La de Freud es de pensamiento, es decir, atañe a cuestiones radicales, que interesan directamente al filósofo,

⁵ Ludwig Marcuse, *Sigmund Freud. Sein Bild vom Menschen*, Reinbeck bei Hamburg, Rowohlt, 1956. *Sigmund Freud. Su visión del hombre*: Trad. castellana de Alfréd Sánchez Krellenberg, Madrid, Alianza Editorial, 1ª ed. 1969; 2ª, 1970.

⁶ Op. cit. pág. 65.

pero sin empleo del método de la Filosofía. El de ésta es genuinamente genético y debe mostrar el camino mental que conduce a la formulación de una determinada doctrina. Todo pensamiento se apoya en experiencias y vivencias, pero no analiza ni indica o da a entender el método que usa. No basta, para considerar un pensamiento como filosófico, que quien lo exhibe exponga la historia (externa) de su descubrimiento. Necesita mostrar (o permitir averiguar) algo más íntimo que los acontecimientos que conducen coherentemente a una conclusión: El proceso mental (la historia constitutiva) que establece el horizonte de sentido del pensamiento que comunica. De ahí que deba decirse que el filósofo muestra, no que demuestra, sus doctrinas. Aunque, muchas veces, en el lenguaje usual se hable de “demostración”, ésta queda reservada a ciertos áreas de las matemáticas y a poco más. Pero no es éste el momento de dirimir estas cuestiones.

Delimitado así el campo del pensar filosófico, con Freud nos enfrentamos a otro modo de pensar. Aunque debe señalarse que también tiene algún escrito *sensu stricto* filosófico. Nos referimos a las “*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*” (1911). Sus comentaristas advierten que es el más difícil de Freud. Mas para un filósofo, resultará el más fácil. Y tiene otros en esta línea. Aparte de eso, toda su obra está suscitando, provocando el pensar filosófico. Por ello pensamos que es acertadísimo el que se le trate dentro de una Facultad dedicada a estudios filosóficos, y se le considere como uno de los más grandes maestros de la Historia del Pensamiento.

§ 5. *La oposición ideológica a Freud.* Cuando en 1933 se quemaron los libros de Freud (y de otros analistas), culmina físicamente el proceso de persecución ideológica a que había sido sometido sistemáticamente desde el inicio de la publicación de sus doctrinas. El fenómeno no le podía resultar nuevo, pero ahora adquiría una cariz especial. La ideología, ese sucedáneo del pensar y antípoda de la Filosofía, bien puede ser encarada como una perversión del pensamiento. Aunque la mayoría de las veces tiene más fuerza que aquel, porque se ancla en el subsuelo turbio, pero todopoderoso, del *fanatismo*. A Freud, como decíamos, no podía sorprenderle demasiado el ser perseguido una vez más. Más bien le admiró la acogida amistosa que recibió en Inglaterra, al tener que huir a ella. Pero sabía, como dijo tristemente a los Woolf en los últimos días de su vida, que su obra le había difamado⁷.

⁷ Citado por Peter Gay en *Freud. A Life for Our Time*. New York, Norton and Co., 1988. Trad. castellana de Jorge Piatigorsky, Barcelona, Paidós, 1989. Pág. 708.

Confiamos en que las reflexiones de esta comunicación inaugural, contribuyan en algo a despejar tal injusticia.

II. Rectificación de falsas interpretaciones de teorías freudianas

§ 6. Las reflexiones que preceden se dirigen a todos aquellos que pretenden intercambiar ideas quienes están interesados especialmente en el Psicoanálisis, pero no sólo, y a filósofos a los que importa ese vasto campo. Nuestra tarea no es fácil. Intentaremos llevarla a cabo seleccionando cuestiones de las doctrinas psicoanalíticas, que pueden interesar a los filósofos y, a la vez, despejar malentendidos. Quizás hasta encuentran alguna utilidad en ellas los mejor informados en Psicoanálisis. En todo caso, nos guía una tesis: Freud es el pensador que ha revolucionado radicalmente la Antropología tradicional. Meditar sobre su concepción es imprescindible para cualquier enfoque del tema de qué es el hombre.

§ 7. Abrirse camino para una comprensión de una obra como la de Freud, pensador extraordinariamente original, osado y de honda repercusión en importantísimas áreas del saber humano, pero que por la propia naturaleza de sus teorías ha dado origen a toda clase de tergiversaciones, exige un enfoque peculiar: el del intento de desechar las más difundidas y, en gran medida, groseras. Prácticamente, cualquier referencia a una doctrina freudiana, requiere una rectificación de juicio sobre ella. Elegimos, pues, la mención de las que nos parecen más significativas, como medio de adentrarnos en su pensamiento.

Esta “defensa” del pensamiento de Freud no debe ser entendida como una invitación a aceptar todas y cada una de sus teorías, que encierran evidentes puntos polémicos, propuestas chocantes e hipótesis problemáticas, que deben ser discutidas en otro contexto que el presente. Sólo procuramos preparar el camino para un intercambio fructífero de reflexiones, de las que estén ausentes, tanto acríticos, ciegos e incondicionales fanatismos *pro* Freud, como el rechazo *a radice* de sus concepciones.

§ 8. *La objeción del conformismo freudiano.* Una cuestión previa, y de indudable interés, es la de dilucidar qué tipo de comportamiento del ser humano es el preconizado por el Psicoanálisis. El “conformista”, responderán muchos, con el intento de mostrar su oposición a la doctrina freudiana.

La objeción se suele lanzar desde frentes pretendidamente “radicales”.

Ha tenido un importante representante en Erich Fromm. Éste pensador, por otra parte bien profundo, no consigue liberarse de connotaciones marcadamente ideológicas cuando escribe en 1979, en el último capítulo de su obra *Sigmund Freud Psychoanalyse. Größe und Grenzen (Psicoanálisis de S. F. Grandeza y límites)*⁸: “Era necesario que un pensador como Sigmund Freud, de filiación burguesa liberal como la mayoría de sus discípulos, transitara de una teoría radical a una teoría de la adaptación”. Aunque la objeción no ha surgido de él, es algo con que se ataca a Freud habitualmente: El psicoanalista, en su esfuerzo por adaptar al psicoanalizado a la realidad, le induciría a aceptarla tal como está constituida, sin que intente intervenir en ella.

Pero esta afirmación no se adecua ni con el espíritu ni con la letra de la obra de Freud. Sin referirnos a otros escritos, en el de 1911 ya citado, al describir las fases de la evolución de la persona, dice que al alcanzarse la capacidad de pensar, surge el propósito de modificar el mundo. Ser “sano” mentalmente, implica el intento renovado de modificar la realidad en que se vive. El mismo Freud, en el último año de su vida, desafió a una gran parte del mundo creyente, defendiendo que Moisés y la concepción monoteísta eran de origen egipcio⁹. No se comportaba Freud de un modo muy convencional y conformista al publicar un libro, que sabía que chocaría a muchos. No se puede, por tanto, imputar a Freud el que defienda que debemos adaptarnos pasivamente a lo establecido.

La objeción se extrae, falsamente, del trasfondo teórico que subyace a las praxis analítica. En efecto, quien a ella acude no es estimulado a la acción y menos a quemar las naves ni a quemar nada. Es más, tendrá que respetar la condición de no hacer “acting out”, según la expresión inglesa ya consagrada; o sea, de no “traducir” en actuaciones ajenas y externas a la sesión, las reacciones íntimas, más o menos conscientes, que surgen con motivo de ella. Por el contrario, todo proyecto de actuación deberá ser verbalizado en la sesión, sin llevarlo a su ejecución. Toda fantasía, todo impulso debe ser comunicado y sometido al analista, pero sin protagonizarlo fuera de la sesión (¡ni en ella!). Por la situación en que se encuentra el psicoanalizando, no posee la responsabilidad plena de sus actos. De alguna manera ha sido reclui-

⁸ Erich Fromm: *Gesamtausgabe*. Edición de Rainer Funk. München, DTV, 1989. Vol. VIII, pág. 159.

⁹ En *Der Mann Moses und die monotheistische Religion*. Freund hizo publicar esta obra en el año de su muerte, 1939.

do en un mundo irreal, que la técnica propicia para que aflore el preconsciente con el que el psicoanalista pretende colaborar. En esa situación, el psicoanalizando puede pretender liberarse inconscientemente de sus problemas con actuaciones que pueden ser peligrosas y arriesgadas para él (respecto a las cuales el analista deberá ser capaz de mantener un control pacífico, amistoso y eficaz durante la sesión). Es conocido, que quien se entrega a un psicoanálisis *correcto*, prescindirá de tomar decisiones importantes para su vida durante el mismo, aunque lo que le haya llevado a él sea el encontrarlas.

§ 9. *El individualismo del Psicoanálisis*. Esta es objeción emparentada con la anterior, y muy difundida y aceptada, sobre todo en una época en la que se otorga un valor especial a la socialización. En ella se recoge, igualmente, un eco, más o menos velado, de la posición marxista. No se olvide el poder que tuvo la ideología marxista en el rechazo del psicoanálisis, que compitió con éxito con el de las iglesias protestantes y católicas e, incluso, con la judaica, ésta última como reacción a la obra acabada de citar sobre Moisés. Martin Buber la trató despectivamente. Y, desde la perspectiva marxista, Howard Evans escribió condescendiente, que no se podía “esperar que este científico burgués adoptara un enfoque dialéctico a la edad de 83 años”¹⁰.

El reproche al que nos referimos podría formularse así: el Psicoanálisis *fomenta el individualismo al inculcar en el “paciente” el interés por si mismo con desprecio de su contexto social*. Pero con ello se ignora u olvida que todo el análisis teórico y práctico está montado sobre la protagonización del *diálogo*, que es el fundamento del mismo. Precisamente, una de las grandes aportaciones del psicoanálisis ha sido el conseguir sistematizar la praxis del ejercicio del orden *dialógico*, con toda su carga de comprensión intersubjetiva y *sensu stricto* amorosa. Naturalmente, que nos referimos al diálogo *personalizado*, al margen de todo intercambio banal y “codificado”, al que nos habitúa la vida cotidiana. Sería de gran provecho el que se meditara en el profundo y sugestivo escrito de S. Nacht, *La présence du psychoanalyste*¹¹, sin olvidar otras interesantes obras sobre el tema¹².

¹⁰ Citado por Peter Gay en *Freud. A Life for Our Time*. New York, Norton and Co., 1988. Trad. castellana de Jorge Piatigorsky, Barcelona, Paidós, 1989. Pág. 714, nota 26.

¹¹ *La présence du psychoanalyste*, Paris, P.U.F. 1963.

¹² Pensamos, por ejemplo, en la de Igor A. Caruso, *Psychoanalyse pour la personne* (compuesto en su mayor parte en francés por el autor), Paris, Éditions du Seuil, 1962; y en la de Éliane Amado Lévy-Valensi, *Le dialogue psychoanalytique*, Paris, P.U.F., 1962; trad. al castellano en México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

Justamente, lo que se busca en el análisis es hacer aflorar *el mundo personal* en el que vive y con el que se relaciona el psicoanalizando. Naturalmente, que desde la perspectiva de éste último, sin que al analista le interese comprobar o actuar sobre ese “*globus humanus*”. En otras palabras, el psicoanalista no quiere saber como son realmente el padre y la madre del psicoanalizando, si aún viven, o como eran cuando aún vivían; y lo mismo hay que decir de las demás personas que menciona. Sólo dirige su “atención flotante” (*gleichschwebende Aufmerksamkeit*) hacia el modo como los vive y los siente el psicoanalizando. Pero sí le hará ver, cuando lo considere oportuno, la incongruencia de sus descripciones con ciertos sentimientos que manifiesta, con lo que le abrirá caminos hacia la realidad con la que éste se relaciona. En resumen, el análisis no sólo se lleva a cabo desde el diálogo, como permite que éste se amplíe al contexto interpersonal. Es que muchos confunden la aglutinación de “grupo” con la relación auténticamente personalizada.

§ 10. *Disciplinas enfrentadas al Psicoanálisis: Psiquiatría versus Psicoanálisis*. No es necesario entrar en detalles en relación a la oposición a las doctrinas de Freud que opuso desde sus orígenes la Medicina y especialmente la Psiquiatría, pues es sobradamente conocido. La primera reacción procedente del campo de la Psiquiatría es hasta comprensible. Ésta requería una concepción de la mente, un diseño de los tipos de alteraciones patológicas y de medios proporcionados de tratamiento, de todo lo cual carecía completamente en la segunda mitad del siglo XIX. Pensemos que la primera clasificación de enfermedades mentales es la de Kraepelin (1883)¹³, que tuvo una acogida excepcional, pues pocos campos estaban tan cerrados a innovaciones como el de la Psiquiatría. Según Jaspers, refiriéndose a la época en que apareció la obra de Kraepelin, “el *nuevo movimiento espiritual* partía, por una parte, de Wernicke y, por otra, de Kraepelin... Tales movimientos nuevos parecieron primero a los representantes del viejo punto de vista meros cambios formales del ya existente con el añadido de afirmaciones inmantenibles. Acostumbraban a decir: Lo que en esto es nuevo, no es correcto; lo que es correcto, no es nuevo”¹⁴.

¹³ Su obra capital se llamó *Kompendium der Psychiatrie* y se publicó en Leipzig en 1883. Más tarde, apareció en sucesivas ediciones como volumen II del gran tratado *Psychiatrie*, con el título de *Klinische Psychiatrie*.

¹⁴ Karl Jaspers, *Allgemeine Psychopathologie*, Berlin/Heidelberg, Springer — Verlag, 1913. Citamos por la edición 4ª, de 1946, pág. 710.

Pero lo que resulta por una parte sorprendente y por otra injusto, es que la Psiquiatría se haya adentrado en el siglo XX con sus “resistencias” intactas. Y resulta sorprendente e incomprensible esa “enemiga” psiquiátrica, porque la Psiquiatría, sin excepción, ha aceptado la terminología y, lo que es más importante, los conceptos fundamentales del psicoanálisis, lo que es un hecho incontrovertible. Así, respecto a la caracterización de la salud mental, tema tan delicado como difícil de tratar, ha sido aceptado unánimemente el que su pérdida o disminución implica un alejamiento y un corte más o menos radical con la realidad, concepción decididamente impuesta por la obra de Freud, quien superó, como él mismo declara y muestra, la aguda observación de Pierre Janet de que la neurosis tenía que ver con la “fonction du réel”. La Psiquiatría, y no únicamente en esta cuestión, no sólo ha adoptado la terminología freudiana como, en gran medida, la doctrina que implica.

Repárese en que todos los tratamientos psiquiátricos “clásicos” incluían *siempre* algún tipo de agresión al paciente, lo que desaparece radicalmente con la *intervención dialógica*. El psicoanálisis excluye radicalmente “técnicas” psiquiátricas, como la del electrochoque, choques insulínicos, aislamiento y segregación de los “enfermos”, medidas coercitivas y de castigo, medicación anulante de toda iniciativa, “paternalismo”, etc.

De ahí el que ya sorprenda, el que un hombre venerable como López Ibor, que ha desarrollado una concepción relativamente original de la neurosis, pero a la que es fácil encontrar antecedentes en Freud, practicara la “cura” de acetilcolina, tratamiento de choque tan brutal como el tristemente famoso del electro. Pero, sobre todo, el que en su obra *La agonía del Psicoanálisis*, de 1951, haya contribuido de modo poderoso y por razones ideológicas también, a que el Psicoanálisis en España durante muchos años haya sido ignorado, excluido como forma de tratamiento y haya sembrado una sospecha que sólo muy lentamente se disipa¹⁵.

§ 11. *La falta de científicidad*. Otro de los ataques a la concepción freudiana surge de achacarle falta de científicidad. Freud era una hombre bien formado y preparado en métodos científicos y hasta de laboratorio, y sus primeros pasos los dio en ese ámbito, sin que sea preciso aquí entrar a recordarlo

¹⁵ Sea citado aquí, como excepción, la buena acogida del Psicoanálisis por algún psiquiatra español, como Carlos Castilla del Pino. Su actitud abierta se puede ver en su breve colección de artículos (alguno de 1954), *Vieja y nueva Psiquiatría*, Madrid, Seminarios y ediciones, 1971.

en detalle. Pero cuando elabora su concepción psicoanalítica cambia el laboratorio por el sofá de su consulta. Lo que observa y registra no lo estudia con el microscopio, sino que lo somete a una demorada reflexión antropológica¹⁶. En otras palabras procede a construir una obra de pensamiento, lo que parece resulta difícil de comprender por los que se enfrentan a Freud. Y de hecho ninguna creación de esta índole, por rigurosamente que haya sido concebida, quedará exenta de críticas, de mejoras, de rectificaciones. O sea, al fin y al cabo, le acontecerá lo que a cualquier otra empresa humana, tenga el carácter que tenga.

Cuando se objeta al Psicoanálisis su falta de cientificidad, no se alude a determinadas doctrinas dignas de discusión. Más bien, se llama la atención sobre su método, que se considera inválido, infundado, no merecedor de la menor consideración y al que se rechaza tajantemente, *porque no es el de las ciencias positivas*. Pero justamente en eso radica su grandeza y el interés que puede despertar en el filósofo. No se quiere, o no se puede reparar en que maneja el método propio de las ciencias del espíritu, que en gran medida tiene una base filosófica, al margen de laboratorios, que para los advenedizos al mundo del pensamiento, se les antoja es la piedra de toque de una concepción “seria”, “válida” y aplicable al ser humano. El mundo occidental sufre de un falso y pernicioso “cientificismo” y de “*idola mathematicae*”.

A los que veneramos la Ciencia y admiramos la grandeza de su método y la peculiar actitud humana que implica, no deja de sorprendernos este “provincialismo” generalizado, que eleva a “científica” cualquier técnica, por el hecho de que se la exprese con curvas y números.

La falta de cientificidad hecha a Freud resulta, por tanto, un poco incoherente y bastante banal.

§ 12. *Hacia el corazón del Psicoanálisis. La cuestión de la carencia de “ganancia” curativa por métodos psicoanalíticos.* Otro reproche, es el de que el Psicoanálisis, como técnica terapéutica, obtiene los mismos resultados que cualquier otra, lo que se demuestra estadísticamente, y no nos ofrece la menor duda de que tienen razón los que tal afirman. Pero, aparte de que aquí

¹⁶ Se ha dicho de la concepción de Freud, que difícilmente puede aplicarse al ser humano *in genere*, porque sólo trataba con enfermos. Aparte de la evidente “razonamiento” que supone el reparo (yo soy sano, algo radicalmente distinto y superior al ser enfermo; a mi no se me pueden aplicar los parámetros de éste), implica un desconocimiento del proceso del pensamiento: No se necesita tener ante los ojos el jazmín perfecto, para reconocer su aroma.

no tratamos del Psicoanálisis por sus méritos terapéuticos, sino por su contribución al conocimiento del ser humano, la cuestión de la “terapia” parte de prejuicios que deben ser eliminados.

Comencemos por hacernos esta pregunta, que a algunos parecerá superfluo: *¿Es el psicoanálisis un medio de “cura”?* La cuestión tiene gran interés, porque nos permite adentrarnos, una vez más, en las enseñanzas teóricas que proporciona su praxis. Mas para los que parten del supuesto aparentemente indiscutible de que el Psicoanálisis es un método curativo, o pretende serlo, nuestra pregunta parecerá un despropósito.

Es indudable que el Psicoanálisis en su origen, y a lo largo de su lento desenvolvimiento, fue una *terapia* destinada a tratar casos de histeria y de alteraciones consideradas mórbidas. Freud hasta llegó a investigar sobre las psicosis y sus escritos dan buena prueba de ello. También lo es que tanto él como sus inmediatos discípulos hablaron siempre de “cura” (*Kur*). Pero en el momento en que Freud empezó a admitir como psicoanalistas a personas sin formación médica (“profanos”, “legos” —*Laien*— en Medicina, *que es la que posee la “técnica” destinada a curar*), comenzó a oponer resistencia a la formación médica para el ejercicio del análisis. Piénsese que entre tales “profanos” se contaban personalidades como Lou Andreas-Salomé, Theodor Reik (al que él mismo indicó la conveniencia de hacerse psicoanalista), su propia hija Anna, etc.

El punto culminante de su posición ante el problema lo provocó la denuncia hecha a Theodor Reik en 1924 (los comentadores de sus *Werke* sospechan que por inducción de Ferenczy) y sobre todo, el proceso contra éste en 1925, que hizo que Freud escribiera *Die Frage der Laienanalyse (La cuestión del Psicoanálisis por profanos)*¹⁷, al que unió un *Nachwort* (Epílogo) en 1926. En este escrito último decía: “La llamada formación médica me parece un pesado rodeo para la profesión analítica... y conlleva el peligro de desviar su interés y su modo de pensar la captación del fenómeno psíquico”¹⁸. “Se aduce que el Psicoanálisis ha sido descubierto por un médico, en sus esfuerzos por curar enfermos... Ese argumento histórico es peligroso...”¹⁹. [A esa misma página pertenece la frase usada como lema en este artículo: “No conozco nada de mi edad temprana acerca de la necesidad de ayudar a

¹⁷ Título traducido al castellano habitualmente por *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1925).

¹⁸ *G.W.* XIV 289; *S.E.* XX 252; *S.A. Ergänzungsband* 343; *A.E.* XX 236.

¹⁹ *Ibidem* 344.

pacientes...]”. Y, a continuación, pide para el Psicoanálisis: “su independencia de su aplicación médica”, confiando en que “no le resultará difícil al analista profano crearse la consideración de un cura de almas”²⁰.

Es indiscutible, que la cuestión de la necesidad de poseer formación médica el psicoanalista, sólo tiene que ver con el “peligro” de que un síntoma, aparentemente de origen psíquico, tenga una base fisiológica, *que debería ser tratada medicamente*. Pero eso mismo puede acontecerle a otras muchas clases de profesionales que tienen por misión ayudar a otros hombres a que superen deficiencias y dificultades: en el estudio, en la práctica de ejercicios físicos, etc. El problema se centra en la cuestión, de si el analista debe tratar como “enfermo” a quien a él acude.

Reparemos en que el principio que rige la relación analítica es el del *diálogo*, entendido en su más elaborada y profunda dimensión humana. Pero ésta excluye por principio el que se encare al dialogante con clasificaciones y encasillamientos, que rompan la relación *auténtica* que se pretende establecer. Pasadas las primeras etapas de la gestación del método psicoanalítico, pronto se reparó en que todo “diagnóstico”, necesario para el tratamiento médico, implica en el psicoanalítico un alejamiento y una defensa. Es posible y humano que el analista piense de quien viene a buscar su ayuda, que es un fóbico, un maníacodepresivo o un esquizoide. Pero debe poder superar mediante el autoanálisis lo que estas denominaciones tengan de rechazo, de clasificación y de distanciamiento. Lo mismo ocurre al considerar a alguien un “enfermo”. Pasado el período inicial de la gestación de la concepción analítica, el Psicoanálisis no se destina a tratar enfermos y por tanto a curarlos, sino a seres humanos que sufren por problemas que le mueven a buscar ayuda. Nos damos cuenta de que este punto de vista, a pesar de ser el más practicado, no es el más divulgado del Psicoanálisis. ¿Será preciso recordar la tesis de Karen Horney, de que todos somos neuróticos?

Se comprenderá ahora que en Freud creciera el recelo contra la actitud médica en el ejercicio del Psicoanálisis. El querer curar transforma la actitud del analista y destruye la auténtica relación con el psicoanalizando. Y el Psicoanálisis pretende ser el modelo de ésta relación. Quien no la viva así, debería abandonar esa profesión.

Desde este punto de vista, el que el número de personas que acudan con problemas neuróticos e, inclusive, psicóticos al psicoanalista, y los remedien en mayor o menor número de casos, mediante este lento y doloroso proceso,

²⁰ *Ibidem* 345/46.

significa poco para la validez o invalidez del proceso analítico. Con éste se busca (o se debe buscar) algo distinto a curar: El contribuir a que quien a él acuda sea capaz de encarar por sí mismo y con la máxima lucidez posible las deficiencias propias y los problemas que la vida le depara. En el fondo el Psicoanálisis, al nivel de la praxis, es una Pedagogía fundamental para la vida. Aunque Freud no lo reconociera así en la “*Selbstdarstellung*”²¹.

§ 13. Las cuestiones dignas de polémica y que han dado lugar a “desviaciones”, que pueden no ser tales, sino correcciones necesarias e imprescindibles, se refieren a doctrinas como la del llamado “complejo de Edipo”, discutibles teorías sobre la mujer, el alcance del trauma del nacimiento, la clasificación de caracteres (en orales, anales, etc.), la interpretación de la angustia, la de los sueños, y, desde luego, cuestiones de técnica. Sobre todo, el “modelo” de impulso, entendido como sexual, merece una reflexión detenida. Tendremos ocasión de referirnos a este tema al tratar de

III. Las fundamentales contribuciones de Freud

§ 14. Una breve consideración de diversos puntos doctrinales del Psicoanálisis, basta para incitar la atención del filósofo. Por una parte, nos hallamos ante una teoría de *la mente*, tomada como el vasto horizonte de los procesos afectivos, de comportamiento, cognitivos, de pulsión y volición, de orientación en la realidad, junto al análisis de las motivaciones conscientes e inconscientes que la mueven. Todo ello confluye en una concepción del *sujeto*, al que estudia en su actividad estética, ética, inclusive onírica. La convicción freudiana, resultado de sus experiencias y reflexiones, de que *el mismo Yo tiene dimensiones inconscientes*, es decir, que en el campo límpido de la pretendida transparencia racional se incrustan recovecos opacos y motivaciones insospechadas, mueve a una revisión de conceptos ancestrales. La articulación y el empleo de la *hermenéutica*, como instrumento de reconocimiento de la realidad humana y, en ciertas circunstancias (sólo permisibles a profesionales), como medio de activar la protagonización libre y responsable del hombre, abre capítulos ignorados a la comprensión de la intersubjetividad y a la esperanza de un “renacimiento” con mayor dominio de factores dominantes a los que se les resta carácter “fatal”. De igual modo, la exploración

²¹ G.W. XIV 95; S.E. XX 69; A.E. XX 64/65.

de zonas de la subjetividad, del papel de *la niñez*, de los mecanismos más o menos conscientes de “resistencia” y “defensa” en la conducta, entre otras muchas aportaciones del Psicoanálisis, obligan a tomar muy en serio sus osadas propuestas. Eso, por no referirnos a que la elaboración de la “técnica” del análisis, como ya indicábamos, ofrece perspectivas insospechadas a una teoría de la educación. Si a esto añadimos su intento de reducción a un determinado motor, a una pulsión que presidiría toda la actividad humana y que explicaría la vida relacional y amorosa, tendremos que admitir que la concepción de Freud incide en los problemas clave de la Antropología, que después de Freud, no pude hacerse a sus espaldas²².

§ 15. *La pretendida contribución fundamental del Psicoanálisis*. Si ante este inmenso horizonte preguntamos, qué es lo más original y fundamental de la obra de Freud, recibiremos probablemente la respuesta de que es *el descubrimiento del inconsciente* (su “pretendido” descubrimiento, ya que muchos ponen aún en duda la existencia de tal instancia). Freud nos habría puesto ante el hecho inesperado de que el hombre es portador de un mundo secreto y determinante de sus afectos y acciones, del que por definición no puede tener conciencia, y que intervendrá en su vida cuando menos lo espere, sin que pueda gobernarlo ni controlarlo: el inconsciente.

Otros, por el contrario, no dudarán en señalar la importancia dada a la *sexualidad* y se referirán a su *pansexualismo*; añadiendo, tal vez, que Freud es el defensor de un “libertinaje sexual”, panacea y sedante de toda alteración anímica.

Ambas respuestas resbalan sobre la superficie del vasto y profundo pensamiento freudiano e incurrir en graves errores. Nada de lo indicado, ni siquiera con los matices requeridos, es señalado por Freud como lo esencial de sus descubrimientos. Y aunque ciertamente un autor no sea el mejor juez de su obra, su testimonio debe merecer atención especial. Lo tomaremos en consideración, pero antes reparemos en hechos incontestables.

Por una parte, la existencia del inconsciente no constituía ninguna novedad en tiempos de Freud, ni siquiera en lo relativo a su intervención subrepticia en la vida consciente. Desde el romanticismo temprano, por tanto a fines ya del siglo XVIII, su referencia a él era habitual. Más tarde dirigirían a él su atención autores de gran renombre. Así, Arthur Schopenhauer en *El Mundo*

²² Vide “Das Interesse an der Psychoanalyse”. *Scientia*, Bd. 14 (1913), *G.W. Bd.* 8, S. 389-420; *S.E.* XIII 165/190; *A.E.* XIII 169/192.

como *Voluntad y Representación* (y en otros escritos), dedica extensos pasajes al estudio de la motivación inconsciente (y también sexual) de muchas acciones humanas, hasta el punto de que algún lector se preguntaría, de no conocer su autoría, de que obra de Freud están tomados. Pero Schopenhauer murió en el año 1860, cuando Freud contaba 4 años de edad. Y en 1870, Eduard von Hartmann, que gozaba entonces de gran fama, publicó su voluminoso obra *Die Philosophie des Unbewubten (La Filosofía del Inconsciente)* que contiene estudios interesantísimos de este mundo enigmático.

Freud ni siguió ni se inspiró en uno o en otro. En su “*Selbstdarstellung*” de 1925 escribió: “Las amplias concordancias del Psicoanálisis con la filosofía de *Schopenhauer* (él ha sostenido no sólo el primado de la afectividad y la importancia excepcional de la sexualidad, como ha conocido hasta el mecanismo de la represión [Verdrängung]), no se pueden atribuir a mi conocimiento de su doctrina. He leído muy tarde en mi vida a *Schopenhauer*”²³.

Es de dominio público como empezó a sospechar en 1892, para explicar los ingredientes hipnoides en el ataque histérico, de la existencia de un “segundo estado de conciencia”²⁴ “o de una *condition seconde*”, según la expresión que toma de Charcot y que emplea en numerosos borradores y escritos definitivos de esta época. Pronto ampliaría y corregiría el horizonte de su sospecha para desembocar en la admisión del inconsciente. Así pudo entrar en concordancia con un tema que era ya del acervo común de muchos estudiosos.

En cuanto al “pansexualismo” (no en relación al libertinaje inexistente en su doctrina y en su vida —Freud era casi un asceta) sólo se acierta en parte, como más adelante veremos. Obsérvese que en sus *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie (Tres tratados sobre la teoría sexual)* de 1905, en la bibliografía que cita y maneja, recoge un conjunto de numerosísimos estudios sobre el tema de la sexualidad. Éste empezaba a ser tratado profusamente. Así, pues, tampoco fue Freud en este campo quien inauguró el dedicarle la atención especial, de todos conocida.

§ 16. *La represión (Verdrängung) y el inconsciente.* Ha sido Freud mismo

²³ “*Selbstdarstellung*”, *G.W.* XIV 86; *S.E.* XX 59; *A.E.* XX 55.

²⁴ La primera mención del “segundo estado de conciencia” [zweiter... Bewubtseinszustand] se encuentra en la carta a Joseph Breuer de 29.06.1892: *G.W.* XVII 6; *S.E.* I 148; *A.E.* I 184.

el que nos ha puesto sobre la pista de lo que él consideraba que era el centro de su concepción y, por tanto indirectamente, lo más original de su obra. En el escrito antes citado, la “*Selbstdarstellung*” de 1925, declara: “La doctrina de la represión (*Verdrängung*) se convirtió en el fundamento (*Grundpfeiler*) de la comprensión de las neurosis”²⁵. Añade que, a partir del momento en que se produjo ese descubrimiento, no sólo tuvo que apuntar a otra meta, “como denominé al método de investigación y de tratamiento no ya *katharsis*, sino *Psicoanálisis*”. Y en letra más pequeña, pues pasa a polemizar en relación a Pierre Janet, afirma: “Se puede partir de la represión como de un centro y establecer la conexión con ella de todas las piezas de la doctrina psicoanalítica”. “El Psicoanálisis se vio así forzado... a tomar en serio el concepto de ‘inconsciente’”²⁶.

Ya en 1914 había dicho, en *Zur Geschichte der psychoanalytische Bewegung* (*Para la historia del movimiento psicoanalítico*), por primera vez, que “la doctrina de la represión es el fundamento sobre el que se asienta todo el edificio del Psicoanálisis”²⁷. “En la doctrina de la represión fui con seguridad autónomo; no sé de ninguna influencia que me hubiera aproximado a ella y tuve esta idea por original durante largo tiempo, hasta que *O. Rank* nos mostró un pasaje del ‘Mundo como Voluntad y Representación’ de *Schopenhauer*, en el que el filósofo se esforzaba por esclarecer la locura”²⁸. La importancia que daba a su descubrimiento era tanta que, un par de páginas más adelante, dice casi con irritación: “Me opondría muy enérgicamente contra el que alguien incluyera la doctrina de la represión y de la resistencia en los presupuestos del Psicoanálisis y no en los resultados del mismo”²⁹.

Como acabamos de ver, fue el descubrimiento del proceso de la represión el que le abrió el camino a la aceptación del inconsciente y, nada menos que el de la fundación del edificio del Psicoanálisis. No es de extrañar, pues, que muchos analistas identifiquen el inconsciente con lo reprimido, lo que no hubiese aceptado Freud. Cualquier duda sobre este punto queda resuelta con esta meridiana declaración de Sigmund Freud en *Das Ich und das Es* (*El Yo y el Ello*), de 1923: “El inconsciente no coincide con lo reprimido..., todo lo reprimido es realmente inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido”.

²⁵ Op. cit. 55, 30, 29.

²⁶ *Ibidem* 56, 31, 30.

²⁷ *G.W.* X 54; *S.E.* XIV 16; *A.E.* XIV 15/16.

²⁸ *Ibidem* 53, 15, 14/15.

²⁹ *Ibidem* 54, 16, 15/16.

mido”³⁰. Lo que no es óbice para que accedamos a una cierta comprensión de ese mundo ignoto que es el inconsciente, guiados por el modelo de lo reprimido: “El prototipo (Vorbild) de lo inconsciente es lo reprimido (das Verdrängte)”³¹, por tanto, lo que está desplazado y ocultado a la conciencia (todo eso da a entender el término inusual “*Verdrängnis*”, pero también el de “*Verdrängen*”).

§ 17. En relación al tema *sexo y sexualidad* (la palabra sexo no era de buen tono mencionarla en público hace un par de decenios), despierta en nosotros resonancias que podemos sospechar que son en cada caso individualizables. Dicho de otra manera, si alguien pudiera averiguar lo que piensa la mayoría de los seres humanos cuando se refieren al sexo (al margen de lo que tiene de clasificación —masculino o femenino—, tan válida para el hombre como para el resto de los seres vivientes), y dejando a un lado la referencia al deseo y a su satisfacción, probablemente encontraríamos pocas coincidencias. Pero eso sí, cuando se trata de **no** comprender a Freud, se proyecta sobre su teoría todo aquello de más negativo que se puede imaginar acerca y contra la sexualidad.

Cuando Freud, al principio de los *Tres Tratados sobre la Teoría de la Sexualidad*, de 1905, recuerda en la primera página, que no existe una palabra en alemán capaz de dar cumplida cuenta del impulso sexual (*Lust*, gusto, es término ambiguo, dice en nota a pie de página) y propone la palabra *libido* (¡no *libido*!), se inician malentendidos a los que Freud mismo da pie involuntariamente. Por una razón, porque la palabra *libido*, de la que se deriva *libidinoso*, tiene una resonancia especial en nosotros. Al fin y al cabo hablamos un latín transformado, y que ha sufrido tan grandes influencias a lo largo de su evolución semántica³², que no podemos descontextualizar el sentido primigenio de la mayoría de los términos que usamos, extraídos directamente de nuestra lengua madre. No es el caso para un autor alemán, bien for-

³⁰ “Das *Ubw* (= *Unbewubte*) nicht mit dem *Verdrängten* zusammenfällt; es bleibt richtig, dab alles *Verdrängte ubw* (= *unbewubt*) ist, aber nicht alles *Ubw* ist auch *verdrängt*.” *Das Ich und das Es*, I. *G.W.* Bd. XIII 244; *S.E.* XIX 18 ; *S.A.* III 287; *A.E.* XIX 19/29. Idéntico pensamiento en “*Das Unbewubte*”, 1915: *G.W.* X 264; *S.E.* XIV 166; *S.A.* III 125; *A.E.* XIV 161. (Dedico esta cita, con un recuerdo cordial y agradecido, al grande y ejemplar analista al que tanto debo, con quien una vez discutí este tema).

³¹ *Das Ich und das Es* I: *G.W.* XIII 240; *S.E.* XIX 14; *S.A.* III 284; *A.E.* XIX 16.

³² San Agustín contribuye a la difusión de la dimensión negativa de la *libido*, al tratarla, fundamentalmente en sus escritos antipelagianos, como raíz de pecado.

mado en diversas lenguas, inclusive la española, pero que no habla o no piensa en ella. Cuando busca un término para esa tendencia, que compara como otros escritores con el hambre (sería interesante averiguar la razón de tal analogía), se fija en la *libido*. Fichte, primer pensador que desarrolla una teoría sobre el impulso, también lo relaciona con el hambre, aunque no habla del sexo, si bien trata de los placeres sensoriales o sensuales, y da la impresión de que piensa en la sexualidad, aunque no la mencione.

§ 18. Quizá no resulte superfluo, dada la importancia que tiene para la comprensión y enjuiciamiento del Psicoanálisis, el detenernos un momento en el sentido originario del término *libido*.

Libido (arc. *lubido*), tiene su origen en la raíz indoeuropea *leubh*—³³. Es la del alemán *lieb*, de *Liebe* (amor); del baltoeslavo, familia del ruso, *ljub* (amistoso, cariñoso), *ljubit* (amar); del sueco, *ljuv* (idem), etc. En alemán el término está emparentado con *loben*, *erlauben*, *glauben*, (alabar, permitir, creer; propiamente, aprobar)³⁴. La *libido* latina acentúa más los sentidos de capricho, arbitrariedad, deseo (de bienes futuros, de venganza, de placer), pasión y sensualidad. Es común a todas estas acepciones la tendencia, el impulso, la inclinación. Ya indicamos (vide nota 31), que será la literatura cristiana la que dará al término la acepción unívoca de deseo sexual. (*Libidinosus* en latín clásico, significa arbitrario, caprichoso).

§ 19. *Libido y amor*. Freud siempre se ha referido a la sexualidad pensándola sólo como una forma de amor. “La experiencia de que el amor sexual (genital) proporciona al hombre la vivencia más fuerte de satisfacción, [y] le ofrece propiamente el prototipo de toda felicidad... le debió mover a poner en el centro de la vida la erótica genital”³⁵. Pero diversas razones conducen a “ampliar” ese sentido (diríamos, esa identificación del amor con la genitalidad), y en esa acepción es tomada habitualmente. Cuando Freud en *Massenpsychologie und Ich-Analyse* (*Psicología de Masas y Análisis del Yo*), de 1921, inmediatamente después de hacer la afirmación programática de que “Libido es una expresión procedente de la doctrina e la afectividad”³⁶,

³³ Sentir cariño, querer a alguien, apetecer, desear.

³⁴ *Duden. Etymologie*. Vol. 7°. Mannheim/Wien/Zürich, Dudenverlag, 1963. Voz: *lieb*, pág. 403/04.

³⁵ *Das Unbehagen in der Kultur* (*El Malestar en la Cultura*) IV: G.W. XIV 461; S.E. XXI 101; S.A. IX 231; A.E. XXI 99.

³⁶ G.W. XIII 98; S.E. XVIII 90; S.A. IX 85; A.E. XVIII 86.

encomia la doctrina del “Eros” de Platón y el famoso pasaje de la *Epístola a los Corintios* de S. Pablo sobre el amor (Cor. 1, 13, vers. 1), concluye que “los hombres no siempre toman en serio a sus grandes pensadores”³⁷. Y, naturalmente, ¡tampoco se ha hecho con Freud!³⁸.

Reflexiónese sobre el siguiente texto, por lo visto publicado en vano, en que de forma tan clara se pronuncia sobre el tema de la sexualidad. Compensa su extensión la importancia del mismo. Lo dio a luz en diciembre de 1910, con motivo del rechazo de los consejos, que cierto médico vienés había dado a una dama aquejada de ataques de angustia, tras la separación de su marido. Tal médico le había dicho que, *según la doctrina de Freud*, tales estados de angustia sólo le desaparecerían procurándose, por cualquier medio, la satisfacción sexual de la que evidentemente carecía. Freud advertía a sus lectores, después de dar cuenta del caso, de este modo: “Los consejos del médico permiten conocer claramente en qué sentido ha comprendido la ‘vida sexual’. A saber, en el popular [vulgar], en el que por necesidades sexuales no se comprende otra cosa que la necesidad del coito o de algo análogo,... Pero no puede haber sido desconocido por el médico el que al Psicoanálisis se suele hacer la objeción, de que amplía el concepto de lo sexual más allá del ámbito usual... El concepto de lo sexual abarca en el Psicoanálisis mucho más y excede tanto por arriba como por abajo el sentido popular... Incluimos en la “vida sexual” todas las funciones de sentimientos de ternura, que han surgido de la fuente de la excitación sexual primitiva... Por eso preferimos hablar de *psicosexualidad* e insistimos tanto en que no se pase por alto el factor anímico de la vida sexual, como el que no se le subestime. *Usamos la palabra sexualidad en el mismo sentido que en el idioma alemán abarca la palabra “amar” (lieben) (el subrayado es nuestro).*” Y añade: “Tenemos siempre presente como terapeutas que las tendencias sexuales insatisfechas, de las que combatimos su satisfacción sustitutiva en forma de síntomas nerviosos, sólo se descargan en pequeña medida frecuentemente mediante el coito u otros actos sexuales”³⁹.

³⁷ *Ibidem*: 99, 91, 86, 87.

³⁸ Incluso José Luis Borges consideraba a Freud un obsesionado con la sexualidad: “Dans une interview récente avec Richard Brurigin, il parle de Freud comme d’une spèce de fou, *un homme aux prises avec une obsession sexuelle*”. E. Rodríguez Monegal, *Borges par lui-même*, Paris, Éditions du Seuil, 1970. Trad. de Françoise-Marie Rosset. Pág. 91.

³⁹ “Über ‘wilde’ Psychoanalyse” (*Zentralblatt Psychoanalyse*, Bd. 1 (3) [diciembre] 1910, 91-5; *G.W.* VIII 118-125; *S.E.* XI 221-227; *S.A.*, *Ergänzungsband*, págs. 136/37; *A.E.* XI 221-227.

§ 20. *“La verdad os hará libres”*. *La afectividad*. La represión desplaza al inconsciente determinados deseos, inclinaciones, apetitos, etc. que quedan fuera de todo control, pero no por eso inactivos. Por el contrario aparecen subrepticamente modificando nuestra percepción afectiva de la realidad, que queda así más o menos distorsionada, fantaseada y peligrosamente modificada. En esta situación, nuestra búsqueda de un comportamiento adecuado ante ella, tiene que procurarse modelos pretendidamente racionales, que no pasan de ser meras “racionalizaciones”, según la acertada denominación de Freud. Mientras perdure la presión de lo “reprimido”, seremos en mayor o menor medida seres maniatados. Sólo si conseguimos dominar (eliminar en la medida de lo posible) el proceso de la “represión”, sus motivaciones y su finalidad, podremos intentar el inicio de una vida responsable, al margen de la falsedad de la racionalización.

Es en este sentido en el que E. Fromm dice, que la obra de Freud podría tener por lema: “La verdad os hará libres”. Desde el comienzo de la gestación del Psicoanálisis, Freud sospechó que había que remover un impedimento oculto para el restablecimiento del equilibrio saludable. Así surgió su atención a la reminiscencia, y a su papel mórbido en un caso (cuando es “inconsciente”), y terapéutico en otro. Y también, más tarde, la interpretación trivial hollywoodiense del *recordar* (el trauma inicial), tan utilizada en los filmes.

Pero ni siquiera en la época temprana de su concepción de la histeria, Freud pensaba en una mera remembranza. El recuerdo efectivo tenía que ser una experiencia profundamente vívida, radicalmente afectiva, un auténtico revivir, no un mero conocer teórico. Ya entonces, no era la simple verdad “sabida” la que libertaría, sino el descubrimiento *vivencial* de la falsedad de la realidad construida. La vida afectiva ha sido siempre un eje fundamental de la concepción freudiana, otra aportación esencial de su Antropología.

Cuando esa falsedad, ese distorsionamiento de la realidad es mejor comprendida, es cuando es puesta en relación con la “represión” y con todo el contexto de instancias que la acompañan y que aquí ni podemos enumerar. Pero lo que conviene subrayar es el *papel fundamental de la afectividad* en todo el proceso. Tanto en el que conduce a la deformación de la realidad, como el que nos abre la perspectiva de su recuperación.

§ 21. *Problemas fundamentales. Freud: determinismo y libertad*. Pero con ello hemos rozado uno de los temas centrales del enjuiciamiento del Psicoanálisis: el de ¿hasta donde admite la libertad su concepción del ser humano?

Es sabido, que otra de las grandes aportaciones de Freud a la Antropología ha sido su descubrimiento, así se le puede llamar, de un hecho tan evidente y banal que nunca ha sido investigado: el de que existe la niñez. Sólo por su aportación a la *Paidología*, Freud merecería un puesto excepcional en la galería de los grandes pensadores. Y es igualmente conocido que defiende que en esa temprana época de la niñez se gestan importantes y radicales tendencias del ser humano, que ya le acompañarán y que, si algo extraordinario no interviene, inevitablemente le “gobernarán”. Nada de ello variará porque construya “explicaciones”, edificios de defensa aparentemente “razonables” para dar cuenta de sus reacciones, para él mismo insospechadas y enigmáticas.

Como en aquella época tempranísima no se pueden razonar, someter a reflexión o elaborar las vivencias que se experimentan, pasamos a ser dominados por ellas. Así nos convertimos en herederos y víctimas de nuestra propia historia, de la que no nos podemos liberar.

Pero no sólo durante la niñez se marca el curso de nuestra vida. En cualquier momento, la intervención de los procesos “represivos” siguen su tarea de distorsión de la realidad y de lo que auténticamente queremos. Y nadie puede decidir libremente si desconoce las claves de sus motivaciones, que no puede elaborar ni someter a un control racional.

De ahí que Freud defienda que, cuanto nos parece inexplicable, casual y sin sentido en nuestra vida, *oculta* una razón profunda, aunque inaccesible a nuestra consciencia, que *determina* nuestros afectos, reacciones y, en suma, la orientación de nuestro vivir.

En eso se basan los que afirman que Freud es *determinista*, para lo que creen encontrar un fácil aliado en el mismo Freud. Y en este punto son los mismos psicoanalistas quienes difunden la tergiversación, quizá porque aquí les haría falta una mayor precisión y rigor mental, que sólo les podría prestar el hábito filosófico.

Veamos un ejemplo: “La teoría de la mente de Freud, en consecuencia, es estricta y francamente determinista”, dice Peter Gay⁴⁰. El “en consecuencia”, se debe a haber recordado antes que en Freud ni el azar ni la libertad dejan de formar parte de la trama mental. Y antes ha citado que, para Freud, el fin de la terapia analítica, según *Das Ich und das Es (El Yo y el Ello)*, “debe darle al yo del paciente *libertad* para decidir en un sentido o en otro” (“dem ich des

⁴⁰ Gay, op. cit., pág. 150.

Kranken die *Freiheit* schaffen soll, sich so oder anders zu entscheiden")⁴¹. Mas, justamente este texto (junto al resto de su obra), contiene la afirmación de que el ser humano es libre de suyo, y que tiene que conquistar su libertad en lucha con su inconsciente.

Es una de las tergiversaciones de consecuencias más dañinas para la comprensión del Psicoanálisis, el no darse cuenta del sentido exacto que tiene en Freud el perseguir el argumento que subyace a cualquier evento mental, por insignificante que sea. Fue eso lo que dio lugar a *Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, 1901 (*Psicopatología de la Vida cotidiana*), en la que intentaba captar el sentido de distracciones, olvidos, fallos y otras aparentes bagatelas. Estaba convencido de que todo estaba interconectado en la trama mental, pero no como un hado fatal, ni sometido a un inexorable destino, sino a afectos, intenciones, intereses y tendencias ocultas, que pueden, aunque sólo sea en parte, ser desvelados.

En el fondo ese pretendido “determinismo” no es más que una manifestación más de su *convicción racionalista*, de que la estructura *lógica* liga entre si inexorablemente todos los elementos de que tomamos noticia, cuyos hiatos provoca el inconsciente. Éste es exigido por la razón, que no puede admitir la existencia de procesos radicalmente inexplicables. Y aunque es cierto que a este nivel el inconsciente aparece como una especie de monstruosa y caótica amalgama de tendencias, impulsos y hasta de rupturas de la coherencia, todo él se enjuicia por su relación al ideal de lo racional, tal como lo elaboramos desde la plataforma del Yo “lúcido”.

§ 22. *La cuestión del irracionalismo freudiano*. Quizá lo dicho ahorre el tener que rechazar otro de los más extendidos errores de interpretación del Psicoanálisis: El de su pretendido *irracionalismo*. Mas no es así, porque se argumenta que, si escapa al fatalismo en nombre de la íntima conexión lógica de todos los acontecimientos mentales (que son fundamentalmente de naturaleza afectiva —la afectividad siempre levanta sospechas en el pensamiento occidental), es porque cae en la admisión de lo irracional, dado que aquella ley de la coherencia le obliga a buscar sus nexos en zonas que no cumplen nuestra idea del orden racional. Mas curiosamente, y aparte de que se puede mostrar cómo a Freud le guiaba el ideal racionalista en el análisis (como teoría y terapia —si es que se pueden distinguir, dada su íntima imbrici-

⁴¹ *Das Ich und das Es*, V: G.W. XIII 280, nota; S.E. XIX 52, nota; S.A. III 317, nota; A.E. XIX 52.

cación), no parece ocurrírsele a nadie que con ello ampliaba el concepto de razón, y de un modo tan insospechado como sugestivo.

Nunca deberíamos dejar de tener presente, que el fin del proceso analítico, según la feliz formulación de Freud, es conseguir que donde estaba el “ello” se sitúe el yo⁴². Freud, que ha sido considerado tantas veces heraldo del irracionalismo es uno de los grandes racionalistas de todas las épocas. Para Freud, una conducta humana, es humana en el pleno sentido del término, cuando es perfectamente racional. Y lo que debe procurar un analista, si cumple su misión de auténtico dialogante, es ayudar al psicoanalizando a que rectifique su conducta dentro de los parámetros de la razón, para que elija el camino que le parezca, y pueda así reconstruir una realidad que ha deformado en mayor o menor medida.

§ 23. *Claroscuros del Psicoanálisis*. Todo esto no impide que se puedan y deban señalar claroscuros en el Psicoanálisis. Muchas de las graves acusaciones que se le hacen, como vemos visto, son infundadas, basadas en ignorancia o prejuicios, sea cual sea su motivación. La mayoría de las veces proceden de la incapacidad de poderse enfrentar a él. Además conviene delimitar, cuando es posible, el campo de la teoría del de la praxis. Respecto al primero, ya lo hemos debatido suficientemente.

Sólo insistiremos en él en relación al papel que da a la sexualidad. Sabemos que ha motivado la mayoría de los vivos rechazos que ha sufrido y que Freud no ha propugnado jamás la univocidad de su sentido genital en el empleo del término “sexual”. Pero es indiscutible que, aunque sea en su acepción “ampliada”, la ha tomado como paradigmática. En este sentido se le puede reprochar que ha *sexualizado* toda la actividad humana, tanto en su motivación como en la comprensión de toda satisfacción, felicidad y placer que proporciona su realización. Ahora bien, da la impresión de que Freud no repara en que la, por él llamada, “ampliación” de su sentido originario, elimina lo característico de lo sexual, que consiste en su *genitalidad*. A partir de ese momento, queda *reducida a una metáfora* y descalificada como modelo. Dicho en otras palabras, si no se privilegia la genitalidad, con todas sus secuencias, la sexualidad pierde toda prerrogativa a ser modelo de nada. Y en ese momento debe ser explicada desde otra instancia, de la que será un “caso”. Sin aventurar teorías, lo que resta de la sexualidad sin genitalidad, no

⁴² “Wo Es war, soll Ich werden”: *Neue Folge...*, 31. Vorl. G.W. XV 86; S.E. XXII 80; S.A. I 516; A.E. XXII 74.

requiere modelos sexuales, sino de naturaleza totalmente diversa. *¿Dónde ha quedado el afecto de ser y vivir en Freud?* ¿Dónde el papel de la voluntad como impulso? Se comprende así que la concepción de la teoría freudiana del sexo, aun dentro de sus justos límites, encuentre un rechazo bastante notable. Mas se dirá, ¿por qué, entonces, entre aquellos que la aceptan, tiene tanto éxito este sexualismo? Pensamos que, porque consigue poner al descubierto y liberar, cuanto de reprimido hay en el ser humano en relación a la vida sexual. Este acierto indiscutible de Freud no contribuye a ningún tipo de “libertinaje”, pero sí puede prestar una aceptabilidad, más o menos provisional, a la tesis del primado (restringido) de la sexualidad.

En relación a la praxis es fácil encontrar deficiencias, dado que su “técnica” es de difícil codificación y requiere especiales dotes, por otra parte, como cualquier otra praxis. En el fondo la tarea analítica se puede comparar a la de una obra de arte.

De todos modos la dificultad mayor que se puede achacar al Psicoanálisis es su extremada duración, comprensible con todo, por su misión reeducativa, según nuestra interpretación. A esto hay que añadir que el proceso analítico es doloroso y no transcurre sin sufrimiento. Por ello es comprensible que muchas personas preferirían un breve y efectivo tratamiento farmacológico a someterse a él. El mismo Freud pensó en ello en los últimos años de su vida. Mas a este respecto, y de ser posible la alternativa, diríamos parangonando a Fichte en relación a la Filosofía, que qué tipo de tratamiento se elija dependerá de que clase de hombre se sea.

Tampoco conviene olvidar que someterse a un análisis puede ser una defensa (hasta que se la desmonte, si tal llega a ocurrir). En relación a la represión están los “mecanismos de defensa” (Abwehrmechanismen), según les llamó Freud. Se puede intentar escapar de los propios problemas entregándose a un análisis “protector” (“indefinido”), como se puede huir de él, como modo de defensa. Pero aquí el “peligro” no es tan grande, si el psicoanalista está bien formado y conserva el control de la transferencia, tanto de la propia como de la del psicoanalizando, lo que le permitirá “dominar” la situación.

Un cierto peligro con el que se puede encontrar quien acuda a un psicoanálisis, aunque menor, es el de encontrar a un “amateur”, a alguien que lo practica sin suficiente preparación. No es superior al de derivaría de entrar en relación humana con una persona mal preparada para un diálogo auténtico. En este caso más riesgos corre el pretendido analista, que el psicoanalizando, por razones que no es éste el lugar de tratar.

Otra duda que conviene despejar es la del del daño que pueda producir una interpretación errónea. El gran analista inglés Edward Glover, en su obra ya clásica *The Technique of Psycho-Analyse*, ha tratado con detenimiento el tema⁴³. En resumen, podría decirse, que hasta puede tener consecuencias positivas, aunque es aconsejable la exactitud en la interpretación (en ella juega un papel importante la sugestión).

El único peligro auténtico que nos parece digno de ser mencionado, es el de un psicoanálisis conducido ideológicamente. Al margen de la discutible calificación de “analista” que merecería quien así lo practica, quien lo ha elegido voluntariamente, debería saber que la ideología a este nivel puede tener un efecto psicotizante.

§ 24. *Freud, el hombre*. Comenzábamos nuestra reflexión con una alusión a la vocación de Sigmund Freud. Podemos terminarla con otra, de carácter análogo y de índole aún más íntima, pero que ayude a comprender al personaje. Porque, no nos engañemos, lo singular de su obra, no sólo pone en jaque sus teorías al criticárselas, como al hombre Freud mismo. Trátase de un testimonio excepcional, que por una sola vez, rompe la parquedad de las referencias que hace a su persona.

En 1915 escribió Freud una carta muy singular a James Putnam, Prof. de Neurología en Harvard y fundador de la “American Psychoanalytic Association”. Con motivo del libro de éste *On Human Motive*, se entrega a reflexiones éticas. Allí afirma que “siempre estuve descontento de mis dotes [se refiere a las intelectuales, que acaba de mencionar]...; pero me tengo por un hombre muy moral, que podría subscribir la sentencia de Th. Vischer: “Lo moral se comprende siempre de suyo”. En sentido de justicia y respeto por el prójimo, en disgusto en hacer sufrir a otros o engañarlos, me puedo contar entre los mejores que he conocido. Nunca he hecho propiamente algo ruin o malo y no siento la menor tentación de ello, por lo que no estoy orgulloso de eso. Comprendo la moralidad, de la que aquí hablamos, en sentido social, no en el sexual. La moralidad, como la define en el caso más extremo la sociedad americana, me parece muy despreciable. De modo diferente definiendo una vida sexual más libre, aunque yo mismo he hecho muy poco uso de tal libertad. Tan sólo en lo que he creído permitido dentro de la limitación de este ámbito”. Después de referirse a que no sabe por qué se ha comportado siem-

⁴³ London, Bailliére, Tindall and Cox, Ltd., 1955. Cf. fundamentalmente el cap. 1º de la 3ª parte de la obra.

pre bondadosamente, a pesar de los perjuicios que eso acarrea, añade: “¡También me falta una clara satisfacción, si juzgo que soy mejor que los otros! Es usted quizás el primero ante quien me alabo de eso”⁴⁴.

§ 25. *En resumidas cuentas*, llegamos al final de estas reflexiones, que lo limitado del espacio, e inclusive la ocasión, no han permitido que sean más sistematizadas y detenidas, con la convicción de que jamás tuvo lugar en occidente una reflexión más revolucionaria y transformadora de la imagen del hombre, que la que ofrece Freud. La antropología “clásica” del hombre del *cogito* cartesiano se hunde en sus ruinas. La vida afectiva, el orden intersubjetivo y el de las intenciones son vistos como elementos de un dinamismo básico (sea cual sea el modelo que Freud eligió), dejando a un lado el intelectualismo estático y, paradójicamente, ciego. Desde su obra se abren perspectivas insospechadas para la meditación del *logos*, que se implica en una *concepción de la realidad*, de la que el filósofo no puede ya prescindir, aunque para ello tenga que poner a un lado hipótesis concretas del *corpus freudianum*, ya que no es su tarea dilucidar el acierto o desacierto del papel de determinado “complejo”, el sentido analítico particular de los sueños o el modo de dominar la “transferencia”. Pero debe saber lo que significa y quiere decir todo eso.

Si como defendemos, la Filosofía siempre piensa en una realidad interpretada por la Ciencia, desde ahora puede hacerlo, además, desde otra perspectiva más íntimamente hermanada con ella: la que ofrece el Psicoanálisis. Ya no se puede intentar filosofar al margen de él, sin la experiencia del análisis.

⁴⁴ Sigmund Freud. *Briefe 1873-1939*, Frankfurt am Main, S, Fischer Verlag, 1060; pág. 305.